

Aníbal Ricci Anduaga

EL MARTIRIO
DE
LOS DÍAS
Y
LAS NOCHES



Derechos reservados 2015
©Aníbal Ricci Anduaga
Prohibida su reproducción por cualquier
medio sin autorización del autor:
Inscripción Registro Intelectual: 53964.
ISBN: 978-956-362-030-6
Diseño de portada: Swen Langer F.
Editado por: www.escritores.cl
Impreso en Chile / Printed in Chile

*Hay un pozo profundo en la esquina del sol,
si caes la vida te muele a palos.*

FITO PÁEZ

PASADO

Mi padre es ateo y apolítico. No le interesa Dios. Desea que todas las personas que amasan fortuna mueran democráticamente. Cuando niño le oía decir que fulano de tal murió por tomar demasiada Coca-Cola. "De qué le sirvió tener una casa en la playa, si podría haberse dedicado a ser feliz". La abuela fue engañada por los hermanos y no le dejaron herencia. Quizás por eso mi papá era hijo único. Para molestar lo menos posible y comer poco y no afectar la economía. Estudió una carrera técnica y cuando le ofrecieron hacer dos años más y titularse de ingeniero, prefirió no ser cuadrado ni tener problemas psiquiátricos. Yo me la pasé enfermo durante la infancia. Una vez escuché al médico de mi madre, decir que si tenía más de cuatro amigdalitis tendría que extirpármelas. A los cuatro años ya recordaba lo que era caer en cama seis veces durante los otoños e inviernos, y a los cinco me la pasaba viendo revistas de animales salvajes. Todavía no sabía leer, pero estaba enterado que el animal más grande se comía al más chico. Venía la vecina y me chantaba un agujonazo en el trasero. Lo único grato era el olor a alcohol. "Relájese mijito, si no duele", decía, y la verdad, a los siete años seguía doliendo como el demonio. Mi padre se hizo naturista y le decía a mamá que las amígdalas no debían extirparse, que para sanarme debía dejar de inyectarme Benzetacil y habría que curar la enfermedad con medios naturales. En esos años pensaba que la enfermedad era yo mismo, que debía sortear obstáculo tras obstáculo para tener derecho a vivir tranquilo. Hasta hoy siento

la incomodidad de dormir cubierto de cataplasmas de barro con cebolla en el cuello y el estómago. El olor era asfixiante y dormía por la fiebre que muchas veces pasó de cuarenta y un grados. Cuando no bajaba me envolvían en una sábana mojada y me cubrían con mantas. Ahora sabía leer y podía distinguir claramente qué animal era el más peligroso. Tenía miedo de bajarme de la cama y pisar serpientes o alacranes. Ir al baño entre cocodrilos e hipopótamos no me parecía tan terrible. Pero los escorpiones y las jaibas me daban asco, sentía el crujir de sus caparazones en mis pies. Me aguantaba de ir a orinar hasta la mañana, hora en que se retiraban todas las alimañas. Sobre el cubrecama subían las serpientes, pero solo a los pies de la cama. A veces entre enfermedad y enfermedad iba a la casa de adelante y me sumergía en la tina con agua helada. A mi hermana, la nana le pegaba más que a mí. Sacaba unas varillas de la morera y nos daba con todo en las piernas. Mi madre llegaba del trabajo y no entendía nuestros moretones. Yo le contaba, pero mi madre decía que era muy chico y que no trepara tanto a los árboles. Ni siquiera me acuerdo de la cara de esa nana, del terror que le tenía. Más adelante llegó una más simpática que nos dejaba jugar y me enseñaba las tablas de multiplicar. Cuando no sabía la tabla del nueve, me daba una cachetada y me hacía comer choritos con arroz. Vomitaba, me pegaba y me hacía comer el vómito. Una y otra vez hasta que dejaba de expulsar el alimento. Yo prefería comer budín o puré con huevo, pero mi nana dale con el charquicán de cochayuyo, y mi madre no lo hacía mal con sus papas con chuchoca que según mi padre eran nutritivas. “Tu hijo es un merengue”, le decía a mamá. “Su hermana es más fuerte... jamás alega cuando le pegan”. Era cierto que sacudía a mi hermana cuando le daban sus rabietas

y me golpeaba gritando incoherencias. Me botaba todos los autitos que tenía en la repisa. A veces rompía una ventana de la rabia que le daba cuando yo no le hacía caso. Quedaba con los puños ensangrentados y cuando llegaban mis padres me echaba la culpa. Yo prefería andar en bicicleta. Me orientaba bien en las calles. Mis padres hacían clases de yoga y me dejaban solo en la recepción. Conocía de memoria los lápices y los sacacorchetes. Dibujaba naves espaciales que se iban haciendo pedazos y bajaba a la cocina a robarme un poco de granadina. Las clases duraban más de dos horas y salía a caminar por las calles. En invierno oscurecía temprano y me gustaba ver encendidas las vitrinas de Providencia. Un sujeto quiso subirme al auto. No caí en la trampa, pero me siguió a pie y me perdí por calles curvas. Me hizo acompañarlo por avenidas y rotondas. Me fue engañando una y otra vez hasta arrinconarme en un parque y abusarme. No les conté nada a mis padres debido a que no me dejarían volver a salir. Tenía amigos con los que hacíamos excursiones a lugares remotos. Solíamos ir al cerro San Cristóbal y al Arrayán. Me gustaban las subidas. Dolían las piernas, pero luego me sobreponía y podía pedalear como enajenado. Iba siempre adelante del grupo, buscando nuevas subidas para desafiar a mis amigos. Mi padre nunca se metió en política. “El trabajo no sirve para nada”, profería en los almuerzos. Una especie de Bukowski que no generaba libros. Hablaba contra los milicos, pero jamás delante de otros. Mis padres no tenían amigos para invitar a casa, tampoco sillones cómodos. Mi padre echaba pestes contra la dictadura. La calificaba con la misma dureza que a nosotros sus hijos. Servíamos de paraguas ante la violencia encubierta. Evitaba cargos de responsabilidad para almorzar en casa debido a que prefería dictaminar

sentencias de huellas indelebles. Palabras hirientes para ser recordadas a través de los años. “El jefe de gabinete tiene cáncer... no le quedan más de tres meses de vida”. Su reemplazo tampoco querrá cambiar las cosas, supongo que pensó. “Los empleados públicos son unos empelotados”. Mi padre nunca coimeó a nadie; la mayoría de los otros supongo que sí. Trabajar constituía una actividad inútil propia de gente que no quiere ser feliz. Los sueldos fiscales eran un asco, pero según mi padre se podía vivir tranquilo. “Todos son unos inútiles”, pero hacer la pega al menos no genera más trabajo inútil. “Nuestro hijo no sabe vivir”, decía. “Le va excelente en el colegio, pero a la primera dificultad se desmorona... Es un merengue”. Todavía recuerdo mi graduación. Todo fue mágico en ese atardecer donde me premiaron como el mejor alumno de la generación. Mi padre le dijo a mi madre, en voz alta, que ese premio me iba a destruir, que todo se me daba tan fácil. Los padres de mis amigos no entendieron nada, quedaron suspendidos por esas palabras, hasta que volvió la alegría y nos fuimos a emborrachar. Hubo una época en que no quería volver al colegio. Hacía la cimarra porque me sentía enfermo, extraviado, caminando por las calles. Les robé dinero a mis padres para comprar un velocímetro. Debía saber los kilómetros por hora de mis desplazamientos. Era magnético y no tocaba las ruedas. Solo debía pedalear y ver aumentar los números, la temperatura, daba lo mismo, ya no tenía tanta fiebre. Iba en bicicleta a buscar cuadernos para fotocopiarlos y ponerme al día cuando un Volkswagen me atropelló y los papeles ocultaron mi dolor. Hice un año de ingeniería, pero mi papá no estaba conforme. “En esa carrera salen todos locos”. Seguí cayendo en cama hasta que por fin mi madre se apiadó y un médico me extirpó

las amígdalas. Mi padre tenía el único televisor en su pieza. Veía la programación cuando él no estaba en casa. Tampoco nos había puesto teléfono, vaya uno a saber por qué mística razón. Estudiaba las materias en el bar de Las Lanzas. En el teléfono público hacía preguntas junto a la compañía de gente alcoholizada. Resolvía mis dudas sobre distintas materias. Ni hablar de tener polola. Podía quedar de ir a un lugar, pero debía aparecerme de verdad. No podía fallar. Mi padre falsificó la firma de mi madre para regalar una casa. La ayudó una prima, pero el engaño salió caro. Acto seguido mis padres perdieron el trabajo y mi padre invirtió ambas jubilaciones en una financiera. Quebró y la familia se hizo más pobre. Casi toda la enseñanza media estuve becado. Mis padres no tuvieron trabajo por años, y cuando lo recuperaron no pagaron el colegio sino que se compraron un auto. El más barato y más feo que mi padre pudo encontrar. Aprendí a manejar en ese Chevette y a cambio mis padres me obligaron a veranear en Cartagena. Pasaba enfermo y evitaba hablar delante de mis compañeros. Muchos iban a Santo Domingo o Algarrobo; yo me hubiera conformado con El Tabo. Estaba cansado de llamar la atención y de estar enfermo, para qué hablar de ser vegetariano. Por fin en la universidad me regalaron una calculadora. Era una Casio; no la financiera que necesitaba. Resolvía las ecuaciones con lápiz y papel, mientras mis compañeros usaban computadores. Qué hubiera dado por tener una simple máquina de escribir, de esas mecánicas que marcaban algunas letras. Mi polola tenía computador y mientras ella estudiaba yo aprendí a escribir, no solo palabras sino también cuentos. Mis historias no tenían padres ni hermanas, prefería salir a correr por los parques. La vida familiar es un compendio de pensa-

mientos y emociones de los padres de nuestra patria. El núcleo básico, la célula original que encierra instantes de rencor y amargura por aquello no dicho, por la carga que tienen las palabras mal paridas de los que te rodean. Es un efecto silencioso que se multiplica a través de los años y deja una sensación de vacío que uno intenta llenar sin guía ni afecto. Los psiquiatras no sirven para nada según mi padre. "Solo dan remedios". Estudiar un año entero viendo como todo pasa en cámara lenta parecía ser lo normal. Fui al psicólogo de la universidad, por primera vez, y me dejaron botar carga académica. Me sentía al cuarenta por ciento de mi capacidad y mi polola no sabía qué me pasaba. Estudiar econometría era confuso en medio de deseos destructivos, incluso pensamientos suicidas. El amor dejaba de existir y nuevamente perdía a mis compañeros de curso. Me atrasé en tres ramos y ya no tenía grupo de estudio. Solo una melancolía que había que esperar pasara pronto. Salir a correr en esos instantes agudizaba mis sentidos. Profundizaba la angustia y aplacaba los deseos de vivir. Llevaba cinco años pololeando cuando entré a trabajar en un banco. Mi polola confesó que me había engañado en los años de angustia universitaria. Nuevamente acudieron a la mente aquellos ramos aprobados gracias a esfuerzos más allá de toda comprensión. Le había agarrado odio al estudio, una lucha mental que escondía fuerzas emocionales mayores. Mi padre nunca le tuvo aprecio a mi polola. Tampoco yo podía dejar atrás la traición. Me destruía estar sin ella, pero fue peor dejar de verla. La depresión me hizo dejar el trabajo. No podía levantarme, pero volví a correr y las cosas mejoraron. Tenía miedo de volver a trabajar para que todo volviera a empeorar. Requería correr kilómetros y andar horas en bicicleta

para poder aplacar la melancolía. Mi tía de Canadá se ofreció a alojarme unos meses en Toronto, pero mi madre le escribió una carta diciendo que era mejor que encontrara trabajo antes de aprender inglés. Mis padres se compraron un departamento en la playa y viajaba por las noches. Acudía a los *pubs* y discotecas para conocer gente. Bebía en exceso. Por fin conocí a una mujer a la que no le importó que estuviera sin trabajo. Me conmovió y nos fuimos a vivir juntos. Ahora tenía gatos para rellenar recovecos sentimentales. Esta mujer iluminaba la noche, hacía que cada baile fuera una experiencia erótica. Me invitaba a tomar y drogarme, pero no perdonaba que anduviera borracho o con sobredosis. Nos cambiamos de casa, ahora con más gatos. Llegados al barrio bohemio comenzó a ponerme el gorro, probablemente con más de uno. Estaba enganchado no solo a su sexo, sino a todos sus vicios. Nuestra casa quedaba lejos de los amigos y la familia. En realidad mi familia siempre estuvo lejos. Un día mi hermana rompió la puerta y me robó los muebles, ni siquiera se salvó la loza. A partir de ese día todo fue derrumbándose. Dejé de limpiar los sillones y afloraron los pelos de gatos. Fumaba marihuana y me hundía entre los cobertores. Un gato se quedaba mirando, de alguna forma juzgándome. Los olores de su sexo permanecieron cuando el mundo comenzó a girar más lento. Aceleraba y el auto apenas se movía camino al gimnasio. Corría en la banda elástica y mis pensamientos quedaban atrás. Toda la música que escuchaba parecía un solo eterno de Miles Davis. Imaginé a mi hermano no nacido, lo sentía cerca, supongo que su alma se vino a instalar conmigo. Nunca podré afirmar si tuve suerte por no haber sido elegido. El aborto no le preocupa a Dios ni a mis padres, supongo que tampoco estas palabras.

DIEZ

Ayer tampoco me duché y en la mañana dormí hasta tarde. Pasado el mediodía percibo que el motor de partida se está averiando. En pijama voy al comedor y enciendo el computador. Reviso el correo electrónico y compruebo que el mundo me ha olvidado. Ningún mensaje, ni siquiera una cuenta impaga. Hasta una promoción de supermercado me habría alegrado un poco. Abro Facebook y tengo tres conversaciones. “No te apareciste ayer (anteayer), la reunión duró hasta tarde”. Lo otro, una invitación a tomar cerveza en Plaza Ñuñoa. Un tercer amigo deja San Telmo y se va a vivir a Quilmes con su pareja. Me encantaría viajar a Buenos Aires y quedarme a vivir allá. Me cuenta que antes de ayer fue al cine y Birdman le pareció incoherente. En mi opinión, lo que hace grande a esa película es que su temática es crucial para todo ser humano. La cuestión de cómo manejar al ego propio, Alejandro González Iñárritu lo plantea en dos manifestaciones bien claras: o buscas ser famoso a corto plazo; o buscas en el largo plazo algo de mayor significancia. Se refleja en el antagonismo existente entre popularidad (entiéndase algo fácil de alcanzar) versus el prestigio. El primero es ordinario y el segundo de excepción. Probablemente la mayoría de las personas buscan un equilibrio entre ambos, implicando como idea básica que el trabajo te dé de comer. El protagonista se encuentra de pronto con la fama de las redes sociales y éstas lo marean, al punto de creer que realizando una obra de teatro (un esfuerzo superior) se convertirá en una especie de dios,

un ser que supone que lo que piensa y hace está por sobre el vulgo. Técnicamente está muy bien filmada, con largos planos secuencia, que van desapareciendo al volverse más caótica la conducta del personaje, de hecho, la película se alarga en una especie de destino sin fin, un camino sin retorno que lo acerca a la muerte. Acabo de responder al argentino y me doy cuenta que mi incoherencia le ha otorgado sentido lógico a un protagonista que cree tener poderes especiales, dispuesto a saltar de la ventana tantas veces como sea necesario para ser famoso. Nadie ha puesto “me gusta” en mis cuentos desde hace dos días. ¿A nadie le gustaron o ni siquiera alguien los leyó? Cierro el computador y voy al baño. Mi señora me echó de la casa hace tres semanas. Me siento un desecho fácil de olvidar. ¿Qué pasó con diez años de matrimonio? ¿Se tira la cadena y el agua vuelve a ser cristalina? He permanecido en una cornisa mezcla de lucidez y locura. Ayer noté una actitud sospechosa en uno de los conserjes del edificio. Una especie de burla, como si notara que hace un mes no tengo sexo. Odio a los conserjes. Los edificios debieran tener, por ley, a lo menos cinco salidas. No es posible que un sujeto te sonría a diario y tengas que agradecerle cada vez que abre la puerta. Incluso antes de que toques el timbre, me intranquiliza. Todo el día esperando a que los moradores lleguen al frontis. Anticipa a todos como si estuviera conectado a nuestras mentes. En casa de mi esposa yo abría la puerta cuando quería e incluso podía echarle llave. Tenía *wi-fi* para encender el computador en cualquier habitación y escribir a veces en el comedor, dormitorio, el living o en la mesa de diario junto a los perros. Estas sospechas parecen sin importancia, pero ya el año pasado dejé de lado el cine. No era problema en horarios de poca concurrencia, pero casi siempre las

salas estaban llenas y me cargan los cuchicheos de la gente. Tengo miedo a escuchar conversaciones ajenas y sincronizarlas con mi vida. Preferí dejar de asistir a las multisalas, lo cual en mi caso era extraño porque me encanta ver películas en pantalla grande, además antes comentaba cine para una radio e incluso llegué a publicar un libro de mejores películas. Las filmaciones me permitían acceder a distintos puntos de vista, viajar sin subirme a un avión, aunque en estas nuevas condiciones, los murmullos me daban otras interpretaciones, algo así como personalidades múltiples.

NUEVE

A noventa kilómetros por hora atravieso la carretera dentro de las normas permitidas. He recorrido tantas veces este mismo túnel. El tacómetro no sobrepasa las tres mil revoluciones. Pienso que ningún esfuerzo por agradar debiera durar tantos años. Acelero con la esperanza de alcanzar algún destino. Son doscientos los kilómetros que puedo recorrer en una hora aunque el túnel no tiene más de dos mil metros. Las luces artificiales se transforman en líneas que van convergiendo. La ruta se hace cada vez más angosta y a pesar de los destellos me transporto a otro túnel menos alumbrado. Es de una sola vía con un semáforo de advertencia. Lo recorro en medio de una oscuridad extrema. Las luces del auto le dan un tinte azul a las rocas, un azul tenebroso que me hace pensar en un cielo sin estrellas. Pierdo mi brújula por satisfacer deseos que me hacen sentir culpable. Por años me he escudado en el amor de mi esposa, vislumbrando el futuro a través de sus ojos. Decía estar deprimida, pero no puedo hacer nada. Me deja abandonado en una enorme caverna para la que aún no estoy preparado. Del túnel del amante paso a sentirme borracho ante problemas que me angustian. Debería borrar mi historia y partir de cero. Estar solo no es fácil aunque contraer matrimonio siempre me pareció un salto a ciegas. Prefería fiestas y cenas románticas en restaurantes de moda aunque el sexo pasajero me hiciera un peor amante. Busco luz en el pasado y retrocedo. Subimos al cerro San Cristóbal en medio de una intensa niebla. Al llegar a la terraza del funicular, montamos

las bicicletas al hombro y escalamos hasta la virgen por un sendero de tierra. Ascendemos por su pedestal de cemento entre una bruma tan densa que a cada paso van desapareciendo los peldaños. Nos vemos suspendidos en el aire. Con mi amigo somos los únicos moradores de una isla de peldaños que se pierden entre las nubes. Ahora requiero escapar de borracheras interminables y de luces que transcurren a mayor velocidad. Pasado y futuro me hacen perder el sentido. El licor confunde imágenes que me dejan tranquilo en un presente que no duele. Cuando niño pedaleaba como loco. Subía a mi bicicleta y recorría parajes a mi alcance. No era necesario frenar teniendo al tiempo como aliado. Con el paso de los años fueron desapareciendo muchas rutas posibles y la depresión me hizo dejar el trabajo. Ya no tenía sentido esforzarme para satisfacer a mi esposa. El pasado nunca terminaba de ocurrir y yo solo deseaba llegar pronto al final del túnel.

OCHO

Hoy me duché pasado el mediodía. Llevaba varios días sin hacer la cama. Desenrollo las sábanas y busco una polera para cambiarme. *Breaking Bad* decía el estampado. Recordé al profesor de química enfermo de cáncer pulmonar. Le bastó esa noticia devastadora para comenzar a vivir. Un antiguo alumno lo introdujo en el mundo de las drogas. Sus conocimientos científicos le permitieron cocinar metanfetaminas de gran pureza mientras su aprendiz le ayudaba con la distribución. Necesitaba el dinero para costear su enfermedad y debía blanquear sus ganancias estratosféricas. Esconderlas de su familia de clase media, para lo cual debía sobrellevar una doble vida, además de recurrir a un abogado corrupto para lavar dinero proveniente del negocio ilícito. Yo sentía envidia de ese enfermo terminal que había encontrado un motivo para levantarse todos los días. Hace mes y medio que me habían echado de la casa. Mi mujer no soportó que hubiera renunciado a mi trabajo para dedicarme a escribir. “Nadie vive de la literatura”, decía, y no se cansaba de repetirlo. Para no escuchar salía a beber con amigos. Solo unas cervezas para expiar los pecados de las letras. Llevaba meses despertándome a las cuatro de la madrugada. Sagradamente encendía el computador e imaginaba historias complejas. Bastaba un detalle observado durante el día para que desbordaran las ideas. Jugar con el tiempo era divertido. Revivir sucesos de muchos años atrás intercalándolos con situaciones recientes, incluso con anhelos futuros. Lo que no tenía un sentido

cronológico, al desordenarlo, aparecía con un significado robusto. Lo sometía a preguntas implacables y parecía flotar entre aguas tormentosas. Me inventaba una vida y no sabía si la anterior tenía sentido. Me liberaba de la culpa y de las convenciones sociales. Me volvía un ser frío, sin sentimientos, moviendo hilos antes imposibles. Dormía durante el día mientras mi mujer salía a trabajar. Tenía mis ahorros y no pensaba dilapidarlos. Los invertiría en tiempo para escribir, en días y noches creativas comandadas por mi propia voluntad. Antes subsistía para satisfacer necesidades inventadas por mi mujer. Ahora nada era urgente, ni siquiera respetar el horario de las comidas. Una bebida y un sándwich bastaban. Si me vencía el sueño solo debía recurrir a una taza de café. Más importante que la vida material eran las ficciones surgidas de mi cabeza. La escritura definitivamente era más importante que mis acciones. Lo pensado se vertía directamente en el computador sin ninguna obligación de llevarlo a la práctica. Sara se encargaría de nuestro hijo. No lo había concebido conmigo y aquello me liberaba de algún modo. Ella era madre antes que mujer. Siempre lo supe, como también que los libros serían mis hijos.

SIETE

El rincón donde me podía refugiarme siempre fueron tus muslos. Reptaba entre tus piernas buscando que me amaras. Te molestó hasta mi forma de respirar, sin embargo seguí esperando que se alejase tu depresión. Me mostraste un mundo donde siempre quise estar. Los sentidos agudizados desde que rocé tu piel color cerveza. Merced a tu invitación me dejaste entrar en tu antiguo hogar sin remordimientos. No solo te atrevías a desangrar al padre de tu hijo sino que lo engañabas en su misma cama. Utilizabas antiguos recores para atrapar me de manera descarnada. Lo recuerdo para que no olvides las armas que aprendiste a usar. Acariciabas mi cuerpo con cadencias endemoniadas. Una hora estuve reflejado en tus ojos de hechizo. Eras el recetario magistral. Belleza en su punto exacto. Apenas mostrabas tus dientes invitándome a la intimidad. Tan hermosa como el placer aguanta. Tus instintos te guiaban sin pérdida de tiempo. Casi un hombre envuelto en el más delicioso de los vestidos. Hace años que llevamos a tu hijo de la mano. Hoy te divisé en el cine y presencié la madurez de un vino excepcional. Sentí que era mi carne cuando protegías a tu cachorro con garras de leona. Los tres jugábamos básquetbol en la azotea. Nunca me gustó la calle Bulnes, pero te hubiera seguido hasta el mismo infierno. Te amaba en medio de la Guerra de las Galaxias. Nos sentamos en primera fila y tu pequeño Chaplín se mimetizó entre Arturito y Citripio. La gente aplaudía esa nueva escena mientras disfrutamos del desierto luminoso en medio de la oscuridad. Siempre nos

gustó ver la cartelera completa. Los cines eran nuestros parques y los helados cómplices de conversaciones eternas. Los problemas no tardaron en aflorar en este universo. Cuando te alejabas prefería invitarte a ver una película. Prefiero leer subtítulos y ganar tiempo antes de que desaparezcas. Una vez fuimos a La Batuta y un amigo bohemio te dijo cosas incómodas en la barra. Los whiskys demoraron mi reacción aunque preferiste verme como alcohólico. Habías decidido dejarme unos meses atrás. Fuiste una mujer liberal. A veces herías y era delicioso observar tus ojos maliciosos. Tu piercing en el ombligo era el candado que sin querer habías puesto al disfrute de tu vientre. Con los años aprendí a reconocer el amor que profesan aquellos que no te entienden. Nunca lo encontré entre tus vértebras, tu caminar felino se encargaba de borrar mi memoria. Te enojaste la vez que te invité a una película que ya había visto. No podía mentirte. Iba al gimnasio y subía a una meretriz al auto. Necesité recurrir al engaño para no dejar de amarte. Preferías que te condujera de manera cómoda y confortable. Tu devoto concubino se hospedó en el castillo que elegiste tras un disfraz de irreverencia. Confundí los roles de esposo. Querías protección y en tu afán vanguardista me invitaste a un cine porno para representar a la fiera que ya no eras. Mi negativa te demostró que un buen marido y un vividor no son la misma persona. Tampoco me tragaba tu menosprecio por las normas sociales. A cada segundo te volvías más convencional. Buscabas una excusa para abandonarme ya fuera por cuerdo o por trastornado. Elegiste una vida normal y me volviste loco. Besaba tu pubis buscando la humedad de otras veces. Donde antes percibía amor ahora me parecía estar violando. Era solo un hombre refugiándose en un lugar conocido. Tus anhelos y los

míos se ocultaron en odios absurdos. Tu vida dejó de tener sentido y caíste en depresión. Estaba fuera de mis cálculos. Cuando te conocí me conmoviste. Yo estaba desempleado y me besaste como si acabara de ganar la lotería. Me enamoraste al punto de idealizarte y compartir tu amor durante diez años.

SEIS

Tres tazas de café me permitieron escribir hasta la madrugada. Para dormir durante el día tomé los medicamentos recetados para la noche. Incluso una doble dosis para no sentirme atrapado en mi pequeño cuarto. Me ponía metas de escritura. Una página en un mal día; tres en uno bueno. Esto cuando era un capítulo de novela; más páginas si se trataba de un cuento con final conocido. Si quedaba contento con el resultado me gustaba publicarlo por Internet. Para escuchar opiniones o para expresar que mi corazón continuaba latiendo. El resto del tiempo prefería dedicarlo a dormir. No tenía nada que conversar con mi hermana desde la noche en que derribó la reja de mi casa. Con su pololo consiguieron una camioneta e irrumpieron en el jardín. Desvalijaron todos los cuartos. La mesa del comedor con sus sillas, los cuadros que tenían algún valor y todos los televisores. El equipo de música se salvó debido a sus múltiples parlantes y conexiones. Se llevaron el microondas e incluso el sacajugos. Mis padres seguían aceptando que mi hermana visitara el departamento. Dejaban a mi sobrino durante los fines de semana y se instalaban horas a observar qué otra cosa podían robar. Armaban conversaciones cada vez más estúpidas y utilizaban a su hijo de excusa para visitarnos. Yo quedaba aislado en mi pieza, queriendo abrir el computador ubicado a un costado del comedor. Se sentaban en el living y no podía acceder a esa dependencia durante horas. Los sábados y domingos solo podía escribir durante las noches. En el día mi sobrino se adueñaba del living para ver dibujos

animados. A veces mi hermana invitaba amigos y yo debía poner el computador en el mesón de la cocina. El cable alcanzaba justo y me sentaba en un incómodo piso dispuesto en el pasillo. Por esa época, mi padre vendió un terreno en Plaza Ñuñoa y con el dinero compró seis propiedades. En vez de pasarnos un departamento a nosotros sus hijos, nos tenía apiñados viviendo juntos contra nuestra voluntad. Le tenía respeto a la pareja de mi hermana. Para mí constituía el nexo con las voces de la calle. Suponía que era un espía de los extraños de afuera, los portadores de esos susurros que me interrumpían el sueño nocturno. Una vez despierto prefería escribir y distraerme a estar dilucidando planes ajenos. Ya no podía salir del departamento durante el día. Desconfiaba de los conserjes a tal punto que los imaginaba llamando a otras personas para que me siguieran. Los trámites se los encargaba a mis padres que no sospechaban nada al ver que no salía nunca y que ya no iba al cine. La única manera de salir era en auto, por el portón trasero y en completo anonimato. Los conserjes no tenían cámaras para vigilar esa vía de escape. Me preocupa no tener sexo ahora que no vivo con mi esposa. Recorro al porno para masturbarme, pero mi desgano es mayor, una depresión que aplaco con atracones de comida. Las pocas veces que manejo el auto, compro cinco gramos de cocaína que de alguna manera activan mi vida sexual. Esto a nivel mental, por algo hay que empezar. Lo malo con la droga es que no obtengo una erección en muchas horas y, cuando por fin llega, me cuesta un montón escurrir el semen. Se supone que perder tus aguas seminales es equivalente a fornicar para un católico y por tanto constituye un pecado. Para mí el perder mis deseos implica más que estar deprimido, que estoy perdiendo la cordura. Luego

de jalar quedo despierto por veinticuatro horas y no tengo problemas para manejar yo mismo. El problema surge cuando voy de copiloto y me encuentro en uno de mis sueños. Agarro el volante y quedo rezagado hasta que pierdo el control. Estoy en dos lugares y no diviso el vehículo que estoy manejando. Sigo acelerando y sin estrellarme, supongo que por una cuestión de instintos.

CINCO

Pasé a buscar a mi esposa a Diagonal Oriente, unas cuadras más abajo del atentado a Jaime Guzmán, asesinado por perpetuar la pesadilla del general Pinochet. Almorzaríamos unas pizzas en la terraza y antes de subir, me mostró unos pantalones de una vitrina, a muy bajo precio, cuyo dueño hablaba una jergonza entre castellano e italiano. Sara fue a buscar un cajero automático para comprar ropa, y al bajar el peldaño, las baldosas de la vereda se abrieron y ella se hundió ante mis ojos. Solo atiné a tomarla del antebrazo, pero mis dedos no tuvieron la fuerza suficiente. Quedé paralizado hasta que el italiano amarró una cuerda al mesón y comenzamos a descender. La hediondez era insoportable y los brazos lo único que podíamos asomar por sobre el agua estancada. Aunque lenta, de todas maneras había una corriente que nos arrastraba por sobre los excrementos. Era una bóveda amplia, una calle subterránea que desembocaba en una puerta angosta. El italiano me comentó que evitáramos hacernos una herida. “Las bacterias a esta profundidad son muy peligrosas”, dijo, y luego atravesamos el umbral. El agua descendió a la cintura, aunque seguíamos caminando por ese fango pegajoso ahora más espeso. Había unas repisas a los lados, con gente en descomposición sobre el nivel del agua. La mayoría eran gemidos que suplicaban que los sacáramos de ese lugar. Avanzamos buscando a Sara mientras unas enfermeras retiraban los cadáveres en dirección contraria. Una mujer susurró mi nombre y otra mujer con el rostro deshecho prometió cuidarme

si la regresaba a la superficie. La gente aquí abajo estaba maltratada y suponía que Sara no soportaría este lugar.

-No vendí nada.

-Te dije que escogieras otro trabajo –recordé que me dijo.

Por fin divisé a una mujer con su vestido limpio. Era color azul con unos botones forrados muy aristocráticos, y al acercarme, una enfermera me dijo que la mujer de azul había golpeado a la enfermera anterior hasta casi matarla. “Espere que se calme”, me indicó, mientras observaba incrédulo a la mujer gritándole a una pequeña ventana. Quería que todos se fueran y la dejaran tranquila. “Quiero estar sola”, alcancé a escuchar antes de que cayera a una bóveda más profunda. Me asomé por la pequeña entrada. A este lado había tuberías goteando, sin el olor putrefacto de la cámara anterior. El eco se hacía sentir en las paredes estrechas que parecían no albergar a nadie.

-Fui al *mall* y encontré unos pantalones muy lindos.

-No los necesito –le repetí tantas veces.

El pasadizo se hizo interminable. Nuestras pisadas eran lo único que habitaba esa oscuridad. Llegamos al final del trayecto y el italiano me repitió que todo era inútil.

-Quédate con la casa y el auto –le grité enojado.

-¿A dónde vas?

De vuelta en la pestilencia, los cuerpos parecían acostumbrados a su situación. Ya no gemían y dejaban que las enfermeras curaran sus heridas. El nivel de las aguas empezó a cubrir los cadáveres y me apoyé en una de las repisas. No quería seguir. “Hasta aquí llegó mi matrimonio”, le dije. El italiano me dio un golpe en el rostro para despertarme. Apenas quedaba una rendija bajo el umbral de la puerta. Nos costó regresar a la primera bóveda. Estaba hasta el tope y a duras penas podíamos asomar nuestras narices.

-Yo quería una vida contigo.

-Mi vida es mi hijo –me declaró enfática.

Nadé contra la corriente y tuve que bucear entre la turbiedad para volver a escuchar al italiano al otro extremo de la soga. “Haz un último esfuerzo”, me dijo, mientras su mano me sacaba del abismo.

-Es el último préstamo para costear su educación.

-Estamos endeudados hasta el cuello –le grité con violencia.

-Es mi hijo, no entiendes.

Me sentía empapado de miseria y de pronto vislumbé una luz de esperanza. Imaginé un mundo confortable, lejos de mi mujer, y me agarré fuerte. Junto al kiosco dejé al simpático italiano y quedamos de juntarnos más adelante a conversar otro par de cervezas.

CUATRO

Llegado el ocaso se terminó la droga. Atrás quedaron los problemas hogareños, lo que más tarde me permitirá compartir placeres carnales y entablar conversaciones triviales con una prostituta. La esquizofrenia me ha sumido en una depresión de varios meses y apenas tengo ganas de levantarme. Llegar al baño es un suplicio y lo primero que hago es lavarme los dientes. Llevo días sin afeitarme y con ayuda de la espuma devuelvo la luz al rostro. Enciendo la ducha y el agua cae lentamente desde los hombros. Agarro el jabón y lo restriego por la espalda y entrepierna. Una y otra vez me lavo las axilas, las orejas, la cara. No logro despertar, pero al menos me siento limpio. A medianoche doy vueltas por Providencia en búsqueda de la meretriz habitual. Me encanta conversarle debido a que todas sus palabras son suaves. Cada sonido de su boca está cuidadosamente orientado a multiplicar las sensaciones y cada movimiento de su cintura me permite abrazar un trofeo inalcanzable. Tendré que empezar a disminuir la dosis de cocaína. Me siento atrapado en las calles y mis ojos han empezado a interpretar imágenes sobrepuestas. No es que vea doble; con un ojo percibo el entorno de manera neutra, como si fuera un documental en sepia y, con el otro ojo, los colores contrastan fuertemente, en una mirada frenética que particularmente me desconcentra vagando por las noches. En el motel, luego de los juegos amatorios, me gusta conversarle de mis libros, algunos párrafos o de qué se trata algún cuento o mi última novela. Le llama la atención "Sin

besos en la boca”, cuyo sentido ella conoce perfecto. Le he regalado algunos, con la promesa de alguna vez escribir sobre su historia. A veces cuenta episodios dramáticos, como cuando se resbaló en un jacuzzi y se rompió la mandíbula, manchó la alfombra y sábanas de rojo mientras la sangre no le cicatrizaba. Otras veces se refiere a pequeños regalos de clientes que realmente la han sorprendido. Generalmente jalamos los dos. Yo quedé excitadísimo con su ropa interior y me concentro en su clítoris, en cambio, ella suele descompensarse y empieza a transmitir ideas alocadas. La cocaína no me deja olvidar sus poses de chica lujuriosa. Siempre me deja enganchado con una imagen erótica, una suerte de adelanto para la próxima vez que nos veamos. Muchas veces, cuando la pasa a buscar el taxi, yo me dirijo a Plaza Italia a cerrar los bares. A veces se me acaba el dinero y me pongo a conversar con gente de las mesas dispuestas en la calle. Suelo visitar todos los boliches entre Bellavista y Plaza Italia, y muchas veces termino dormido en un banco del Parque Bustamante.

TRES

Me esperaba todos los jueves después de las doce. En realidad ya era viernes y se llamaba Pamela. Decía que había dejado pasar muchos autos. No distinguía bien los colores y se decepcionaba ante la difusa luz del semáforo. Las verdaderamente sagradas provenían de la esquina, aceleraba y de improviso me detenía ante sus piernas. Vestía jeans ajustados y unos coquetos botines. Buscaba su silueta luego de algunas copas en el bar. Un brazalete de cobre la distinguía del resto de las mujeres. Escuchar mi nombre de sus labios me hacía existir. Su voz inocente borraba de un plumazo las penurias de la semana. A veces llegaba antes de medianoche y le invitaba una copa de vino. Paloma respondía con monosílabos esquivos y su cuerpo inspiraba una invitación para más tarde. Las demás chicas no lucían sobre sus tacones. Esperan que les digas algo sorprendente y generalmente las conquistas con un trago idéntico al anterior. Las discotecas ofrecen gran cantidad de mujeres impactantes que escanean tus signos vitales. Las más educadas se cansan de buscar defectos y acceden a otra dosis de alcohol para adecuar su selección natural. Perla sintonizaba de madrugada su radio favorita y nos dirigíamos a los cerros. Las habitaciones eran acogedoras y la música agradable. Su calidez contrastaba con las fallidas seducciones emprendidas horas antes. Incluso la deseaba en ausencia frente a la piel novedosa de mis conquistas. Mi hogar se encontraba en sus frases dulzonas, en sus labios que besaban de mentira. Soy exigente de una manera estúpida.

Voy a un lugar donde apenas puedo expresarme y a cambio espero que conozcan a fondo mis sentimientos. Las osadas esperan que sea galante y las menos atrevidas quieren un despliegue de salvajismo. Es evidente que no es el lugar para encontrar pareja, sin embargo, las luces y la música distorsionan la realidad y prefiero el artificio que perdura en mi memoria del día siguiente. Una noche le pregunté si el cambio de nombre era justo a las doce y me reveló que era la única forma de volver a su estado virginal, solo el poder de la palabra recuperaba su inocencia. Subía cuando los demás locales habían cerrado sus puertas. Me sorprendía su caminar felino que permanecía intacto a esas horas. Siempre la misma actitud a lo Marilyn Monroe, recién salida de la ducha y de sonrisa insolente. En el lecho transcurría la eterna ceremonia de anticipar cada uno de sus orgasmos. El resultado era siempre el mismo y la satisfacción máxima. Todas las veces se irrigaba la vena de su seno izquierdo, la sangre parecía encumbrar su pezón justo a tiempo. Penélope se tendió desnuda sobre el cobertor. Esperó paciente mis caricias y hundió su abdomen en señal de recogimiento. Su ombligo mantenía su diámetro inalterable y su cuerpo sondeaba su posición ancestral. No era la famosa actriz de Almodóvar. En el pueblo se detuvo el reloj y permanecí recostado junto a esta mujer. Al finalizar se miró al espejo y aspiró una línea blanca como las sábanas. Volvió a su estado auténtico sin emociones y se fue colocando la ropa. Enseguida marcó su celular y pidió que la pasaran a buscar. Su ritual se desmoronó. El taxista debe haber extraviado su recorrido y Perséfone me confesó que debía cambiar de nombre para que la muerte no la reconociera antes de dar a luz. Pensé que se había vuelto loca con los polvos que mantenían congelado su rostro. Acababa de besar

su barriga plana y un hijo no era más que otra de sus locuras. Me replicaba que era una diosa y que el fruto de su vientre cambiaría nuestras vidas.

DOS

Llevo dos noches sin dormir. Diez gramos de cocaína y todavía no salgo del trance. Desde La Legua tomé taxi hasta el departamento. Me contuve de no jalar antes de llegar a un sitio seguro. Tuve que saludar al conserje que me abrió la puerta antes de tocar el citófono. Subí sin compañía al ascensor. Me encerré con el computador en mi dormitorio usando una extensión de cable coaxial. Vertí droga sobre el velador y sintonicé el porno. Partí con las lesbianas, salté a las orgías y jalé el sadomasoquismo hasta dar con los transexuales. Sentí ráfagas de placer y a mi lengua cobrar vida propia. Cerré las cortinas para disminuir la luz. Aspiré otro poco desde la superficie del televisor. Me aparté de la puerta y me refugié en un rincón. Percibí a los de afuera y oculté el rostro contra el muro. Las presencias extrañas sirven para superar depresiones. Estas sombras y sonidos distorsionan la realidad y me hacen perseguir un nuevo propósito. A mi espalda oigo respiraciones antes de empezar la huida. Tiro droga al suelo y la sorbo con mi lengua. Entro al baño y en medio de la oscuridad me adhiero a los azulejos. Me siento inseguro mientras atisbo al pasillo. Mis ojos no advierten presencia alguna. Agarro las llaves de la cocina y salgo del departamento. Me deslizo pegado a la pared hasta el ascensor. Bajo al subterráneo y quedo lamiendo el marco de metal. El pasillo está oscuro y al final veo luz. Avanzo a tientas comandado por una sed de oscuridad. Abrazo el auto para sentir algo helado. Cierro la puerta de la bodega y me subo a una antigua biblioteca. Creo estar solo agazapado

entre unas repisas, completamente aislado me olvido del mundo. No veo nada, pero imagino una cámara filmando en las tinieblas. Soy un animal reptando en todas direcciones. Arriba o abajo es lo mismo. Hurgo en mi pantalón y siento aumentar el magnetismo. Los estertores se multiplican y acaricio lo desconocido con mis dedos. Soy una serpiente intentando desaparecer. Afuera distingo algo de claridad por los resquicios. Lamo la puerta y percibo otra realidad. Dentro o fuera deja de tener sentido. Las sombras penetran por la cerradura y oigo ruidos de celular. Escondo mi rostro porque deseo volver a escapar. Salgo de la bodega y me pongo a correr. Esta vez subo los pisos por la escalera de emergencia. Vuelvo al pasillo y tras la puerta no encuentro ninguna luz prendida. Ya es de noche, pero en el piso hay varios montoncitos que iluminan el cuarto. Sospecho de mi madre e inhalo todos los vestigios. Desconfío de todos en mi familia. Creo que les gustaría que muriera de una sobredosis. Cada semana voy perdiendo a un amigo. Los de la universidad desaparecieron hace años y ocasionalmente encuentro gente del colegio que tras verme borracho no me vuelven a llamar. No tengo escapatoria y quiero desconectarme. Para dormir necesito un montón de somníferos. Busco el frasco que guardo al fondo de la repisa y trago cuatro píldoras. Estoy demasiado activo y me oculto bajo la cama. Intento anular las sensaciones corporales para poder retomar el control. Despierto con la ropa empapada tras cuatro horas de sueño. Amaneció y me encantaría seguir durmiendo. El computador sigue en el dormitorio y tengo una erección. Me conecto al porno sabiendo que va ser casi imposible descargarme. Abro un poco la cortina y no hay ruidos ni caras asomadas en las ventanas del frente. Cada vez que prendo el canal de pornografía,

presiento que alguien conoce las direcciones a las que accedo. Trato de ser prudente e ingreso a los sitios más normales. Coitos entre parejas, nada anal. Obvio que evito las páginas de transexuales y me conformo con unas cariñosas lesbianas. No hay caso con el semen, de seguir me voy a hacer una herida. Tengo el paladar quemado con la droga. Voy a la cocina y apenas puedo tragar. Hago un pan con palta y no siento el sabor, sino que debo buscar un alimento menos cálido. Un sándwich de queso lo paso mejor, pero igual no siento el gusto de la comida. Tampoco puedo tomar gaseosas. Creo que los conserjes saben que soy drogadicto. Me imaginarán maricón, pero en verdad no funciono cuando estoy deprimido. Hace meses que no veo a mi esposa y tampoco tengo ganas de verla. Me gasto parte del sueldo con el psiquiatra y los medicamentos. La podría invitar a comer unas pastas, pero prefiero guardar el dinero para financiar una edición de quinientos ejemplares, que será suficiente trabajo para el primer semestre. Deseo publicar antes que los pensamientos delirantes me impidan avanzar con mis escritos.

UNO

El pasillo es extremadamente largo y angosto. El pitcher de cerveza está vacío y la jarrita apenas me permite un último sorbo. Ya no hay color en este escondite al fondo del local. La cuenta aparece por arte de magia y saco unos billetes arrugados. Dejo atrás El Cuervo haciendo una venia al mesero y de pronto me encuentro con la noche encendida de Plaza Italia. Quiero caminar y mi celular altera la paz. Aprieto el botón para contestar y un delincuente lo arrebató de mis manos. Lo agradezco y enfilo en dirección al Patio Bellavista. Estoy en medio de restaurantes lujosos y solo tengo ochocientos pesos. Pido unas monedas a un grupo de chicas que se reirán de mi aspecto. Me encuentro simpático y completo la cantidad necesaria para acudir al sector pobre del barrio. Aterrizo en un asiento al lado de unos traficantes que apenas se hacen entender. Supongo que desconfían de mi presencia y por eso no hablan mucho. Estoy en una pocilga que solo sirve cervezas de a litro y en donde se mezclan sujetos de ropas holgadas con algunas mujeres desafiantes. Converso con la única chica que parece ser dueña de sí misma, sentada en la mesa central del boliche. Hace tres días que no he parado de beber y mis deseos no tienen ningún ánimo de poseer ni siquiera a esta mujer de hermosas trencitas. Me parece peligroso aventurarse en una conversación que traspase los oídos del matón sentado a su lado. Se nota que todos están drogados aunque controlan muy bien sus emociones. Parecen veteranos y las trencitas me invitan a navegar por aguas turbias. Cuando los invito a la única cerveza

que me alcanza, beben conmigo y sigo bebiendo pasado la medianoche. La morena es la articuladora de estos iletrados que balbucean en medio de sus reflexiones de si soy de aquí o soy de allá. Sigo la conversación debido a sus labios hipnóticos y la resonancia de su voz grave me hace perder la consciencia. Varias veces me encuentro sentado en su mesa mientras alguno de su séquito me acerca un vaso; otras estoy sentado en un rincón víctima de monosílabos de seres que entienden el mundo de forma retorcida. Un hombre de pie me sacude y dice que están cerrando. Soy el único personaje entre mesas vacías y retorno por el camino a Plaza Italia. Cruzo el puente y el río resuena oscuro bajo la ciudad. Miro los letreros luminosos que renuevan mis ansias de caminar. Recorro varias cuadradas de parque y me interno bajo los túneles de unos edificios viejos. Me detengo en un paradero de buses y espero mareado a que el frío me despierte de madrugada. Abro los ojos y una mujer con medias caladas está sentada a mi lado.

-¿Estás arriba de la pelota?

-Un poco menos lúcido.

-¿Quieres un jale?

-No tengo dinero –le respondo y me convida un par de puntas.

-¿Tienes tarjeta de crédito?

-Supongo que me las robaron –miento.

-Prueba una línea entonces.

-Te repito que no tengo ni uno –parece no creerme y me levanta y comenzamos a caminar y me da de beber de su petaca de whisky.

Supongo que ha de ser atractiva, sin embargo solo la presiento como un cuerpo acogedor. La tomo de la mano y le digo que me invite un trago en Plaza Italia. Sin darme cuenta he recorrido más de diez cuadras y estoy en medio de Providencia, ahora de regreso voy inspirado por la próxima cerveza. Nos sentamos en unas mesas que dan a Vicuña Mackenna. Ella pide dos shops y me observa con cierta ternura.

-Eres una buena persona.

-Tú eres muy linda –surge de mis labios como un rezo.

-Deberías irte a tu casa a descansar.

-Lo estoy pasando bien.

-¿Busquemos un cajero automático?

-¿Vas a sacar plata? –le respondo y se larga a reír.

Pedimos otra ronda de cervezas. Nos dicen que están cerrando y ella me acerca la cuenta. Le digo que no me queda dinero y se enfurece. Es como si estuviera en medio de una obra de teatro.

-Tú te quieres aprovechar de mí.

-No tengo dinero, ya lo dije.

Se acerca el camarero y presencia nuestra discusión. Ella comienza a gritar y se vuelve una mujer histérica.

-Si no tienes dinero, entonces ándate y no me hagas perder el tiempo.

Camino hacia Plaza Italia y por primera vez en varios días me siento cansado. Los gritos me alteran y me quitan energía. Me recuesto en el paradero a esperar que pase cualquier micro. Se demora una enormidad. Le digo al conductor que perdí mi billetera y no tengo cómo pagar el pasaje. Al parecer mi estado es deplorable y me cierra la puerta en la nariz. Esta vez espero sentado y despierto al lado de unas medias caladas. Parece la misma mujer, pero ésta resulta mucho más acogedora. Recorre mis bolsillos y me invita a un motel. Hace parar un taxi y bajamos frente a una puerta rodeada de vidrios transparentes. Las escaleras son interminables y nos hacen esperar en un rincón con cortinas. El cuerpo a mi lado es una mujer de curvas contundentes. Cierran la puerta de la habitación y la chica pasa unos billetes por la ventanilla de madera. Se trepa al respaldo de la cama y fija la mirada entre sus piernas. Obedezco sus órdenes y le quito sus zapatos y su minifalda. Me queda solo su diminuta prenda de color negro y desnudar su pubis magnético sin idioma. Le beso su carne y me embriago en su olor húmedo. Sus labios se funden con mi lengua en un ritual desquiciador que no acaba nunca. Imagino sus movimientos, pero no me interesa observarlos. Quiero conectarme a su matriz y olvidarme de las bacterias y los virus. Supongo que a esto me trajo. No a jugar al macho recio que acaba en sus propios pensamientos sino a intentar unirme a su corazón vacío.

-¿Por qué sigues tomando?

-Para cubrir los vacíos.

-Tu alma es inquieta.

-Estoy harto de contestar mi iPhone y de estar siempre conectado.

- No le respondas a nadie.
- Tengo una esposa y un hermoso hijo.
- Estoy cansada de los hombres.
- Pero yo soy uno.
- No serás un estropajo que busca matar el tiempo.
- Parto mañana en un nuevo trabajo.
- ¿Tienes miedo a defraudar a tu familia?
- Soy poco confiable.
- Eso fue lo que me gustó de ti.
- Me siento un poco vacío.
- ¿Otro whisky?

Vivo huyendo y perpetuando esta fantasía de Cronenberg. Solo quiero esta humedad en medio de la oscuridad. Sentir la energía vital que emana de esta mujer para volver a meterme en su útero. Atenea me cobija esta noche cubriéndome bajo el manto de su sabiduría. Deseo volver a ser parte del universo y “nunca más”, repito como un cuervo, volveré a salir de casa.

PRESENTE

“La sexualidad verdadera aniquila al ego”, teorizó Sabina Spielrein al ser rescatada de sus tormentos por Carl Jung. Este matrimonio se celebró previa manito de gato a las cortinas y a los decorados de las mesas. Una ocasión en que se mandó a pedir la torta a la pastelería habitual. La casa lucía exactamente igual salvo una novia digna de otro cuento. Trago y me duele la garganta. No es el típico dolor de cuando uno tiene amígdalas. Me quema el esófago de tanto tragar cocaína. Siempre compro más de la cuenta y mi nariz ya no es suficiente. Cuando tuve mi primera relación sexual, mi madre me contó que antes de tenerme había abortado. Yo simplemente la acompañaba al aeropuerto. Mi madre vería a sus familiares y jamás le pedí un consejo ni menos esa confesión. Todo transcurre en blanco y negro salvo la bola de sangre que escupo todos los días al escusado. Tiro la cadena y todo vuelve al blanco. El tiempo está sobrevaluado y hay imbéciles que creen retenerlo en fotografías, ritual para los pelotudos sin imaginación. Yo simplemente martirizo los días al contabilizar cada uno de mis errores. Venía saliendo de una depresión en que podía estar un año sin excitarme. El onanismo no daba frutos y la mujer de mi vida sería incapaz de levantar al muerto. “Sí, acepto”, supongo que dije. Parecía una celebración de cumpleaños, pero con anillos de oro en vez de plástico. Yo no era ningún Señor aunque las circunferencias venían con inscripción. Quizás en que volcán habían sido forjadas, pero la cocaína debía hacerme olvidar el origen. Me acuerdo

que ese día me robaron el último reloj. Los ladrones pensaron que era valioso y ni se dieron cuenta de la argolla. Imaginaba a mi hermano esperando nacer y mis padres discutiendo que no se podían hacer cargo, todo había sido un error, qué dirían sus padres. Mi hermano debió soportar esos diálogos para ser luego aniquilado en un quirófano improvisado. Por eso nunca pudo ser soldado. Te mandan a sobrevivir la guerra, en cambio a mi hermano le destrozaron su cabeza. Nunca estaría enamorado o por último haría el amor. No soy tan imbécil para pensar que esos mismos padres me esperaron jubiloso. Supongo que la primera experiencia debió ser traumática y de eso sí me siento culpable. De nuevo comencé a sentir voces y a ver maliciosas sonrisas. El psiquiatra me recetó distintos químicos y yo solo quería escapar, dormir aunque fuera. Tomaba más de la dosis adecuada y mi sentido de lo moral carecía de importancia. Recién casado tuve un romance con una compañera de trabajo. Si debía pasar por el suplicio del tiempo, mejor era llenar mi cabeza de huevadas para sentirme menos miserable. Cuando mi señora preguntó por el anillo me sentí peor que Sméagol. Ni siquiera valoraba el tesoro que adornaba mi dedo, pero inventar una anécdota de su extravío me servía para ocultar el adulterio de manera convincente. Una mentira a la vez, haciéndose el idiota y enfrentando un presente sin importancia. Si recordara las fechas relevantes me habría suicidado. Uno no elige cuando llegan y las afronto con la mejor cordura disponible. Existen miles de otros momentos que son los que realmente te sostienen. Una canción, algún sexo furtivo, un viaje por la carretera, quién sabe si algo va a ser importante cuando de verdad ocurre. Inventé lo más inverosímil que pasara por cierto. Estaba en una fiesta clandestina al interior de La Legua.

El dueño de casa era el primero en mandarse un pipazo y daba inicio a la ceremonia. Era un living improvisado en el patio. Bien cubierto para que nadie husmeara en la pieza de prostitución. Apenas uno de los piperos se calentara, podías pagar diez lucas por tirarte a una jovencita, quince si era menor de edad. El dinero siempre volvía a la banca, debido a que las mismas chicas compraban pasta base al dueño de casa. A cierta hora llegaban las hijas verdaderas, vestidas como prostitutas, de otro nivel, intocables para los de esa guarida. Yo veo esto desde un rincón. Mi cuarto es el primero del departamento, el que viene con el baño de la empleada. Todos entran y me despiertan. Hay otros dos baños, pero prefieren molestarme. Tiran la cadena y comienza un nuevo ciclo. Voy de vacaciones a Buenos Aires, y cruzo en transbordador hasta Colonia de Sacramento. El hotel Radisson es tan elegante que tienen colonia en el baño. La piscina tiene una vista privilegiada al río de La Plata. Hay casino en este pueblito de Uruguay y nadie me acompaña a nadar. A los mosquitos se les llama bandidos y los atraen las luces del auto. Mi familia baja a comprar artesanías y me picotean queriendo devorarme. Desde la pieza oigo, “ya no se quiere levantar. Apenas come”. Si supieran cómo arde el esófago. Duele tanto que podría jurar que también me arde la tráquea. Mis sobrinos entran y salen de la cocina. Ni miran al cuarto del lado. Hablan como si no existiera y me insultan. Hace semanas que no me ducho, temo a los cambios de luz. El baño sigue descargando aguas. “Deberíamos mandarlo a un asilo”, escucho de mi padre. El psiquiatra y los remedios son cada vez más caros. Guardo cajas en todos los recovecos. Yoda dice que el miedo es el camino hacia el lado oscuro. “El miedo lleva a la ira, la ira lleva al odio y el odio al

sufrimiento". Percibo mucho miedo y prefiero dormir en vez de escuchar a ese tal Joda. Llevo tres días nadando y descubro que Colonia es el nombre del hotel y sus botellitas contienen el champú y bálsamo de todos los hoteles. El día del matrimonio pesaba ciento cuarenta kilos, un montón de equipaje innecesario para emprender una vida. Soy un caracol sin casa, una babosa que absorbe polvo blanco de la mesa, del vidrio, del suelo. Mi anterior depresión fue peor y el gasto en clínicas y grupos de apoyo me hizo imposible pagar el dividendo del departamento. Llevaba diez años arrastrando mensualidades impagas y hasta el abogado me dejó de lado. Mi padre dijo que no podía seguir estando atrasado con las cuotas, que había que terminar con esa situación, debía dejar de vivir aprovechándome de la voluntad de los banqueros. Mis sobrinos gritan y se ríen conectados a sus computadores. Apenas utilizo las manos para encender el televisor, no para verlo, sino para darle la espalda. No necesito control remoto, cualquier canal representa esa misma farsa destinada a los menores de treinta años. Ocultan el sufrimiento y cuando ya es tarde requieres de medicamentos para dormir. Los días que no me traen café sigo de largo. En mitad de la noche me despiertan los sonidos de la calle. Durante el día son demasiadas las voces y me aturden, prefiero una sobredosis y acallarlas. Mi padre siempre ha querido tener el control, tener muchos departamentos para arrendar mientras sus hijos viven como allegados. Mi madre debe ser media estúpida para aguantar tantos años a su lado, pero lo más bien que conversa con una apertura cerebral de cinco minutos. Después de ese lapso comienza un nuevo relato sin sentido, entra alguien y vuelve a tirar la cadena. Durante la noche no utilizan este baño y puedo pasearme por el comedor.

En un rincón hay un pequeño computador. Es la máxima luz que tolero mientras escribo aliviado del tiempo que transcurre. Las voces desaparecen y escribir hace sangrar la nariz. Esperaré el tiempo necesario para volver a tener erecciones. No puedo escurrir mi pene, pero mi mente hace el trabajo y la nariz torna roja lo que inhalo. Me estoy ahogando en mi propia sangre y trago el contenido de las bolsitas que me quedan. Antes del dolor viene esa sensación sedosa, antes del sufrimiento, deja de existir lo que ocurrió en el pasado. Para los mapuches no tengo derecho a sexualidad. Ninguna mujer se acerca a los locos. Es una especie de pecado en su cosmovisión. Mi esposa me dejó aislado en este nicho a muchas puertas y ascensores de distancia. A gran altura escucho más voces. Preferiría ser un chanchito de tierra que construye su casa cuando es necesario. Otra ventaja es que no muestras tus excrementos. Me los imagino tomando alcohol hasta saciarse y perder el control. Es tan breve su tiempo que la vida comienza de nuevo. Les echan insecticida, los recogen con la pala y se van por el wáter. Los medicamentos hacen cortocircuito con el alcohol. Se denominan remedios, pero ni las drogas mezcladas con el whisky te hacen amanecer envuelto en mierda. El tiempo hace envejecer y los años que van por delante jamás se los desearías a un insecto. Está amaneciendo y debo volver a mi cuarto. La luz del computador no molesta a esta hora. “El tiempo aniquila al ego”, debió entender Spielrein en otro siglo, pero prefirió psicoanalizar a otros idiotas antes que alguien jalara de su cadena.

Abril

Dejo atrás las calles de Ñuñoa e intentaré recuperarme en la costa del Pacífico. Ha pasado el verano y Viña del Mar vuelve a ser una ciudad amigable. En las afueras del casino recorro las heladerías y venderé algunos libros. Con ese dinero compro un whisky en la botillería y al frente estarán los gitanos leyendo la suerte. Compro un pack de cervezas y brindo con unos vagabundos. Una gitana se acerca para mostrarme el destino. Al verme a los ojos sacaré dos conclusiones: tu pareja te dejó recientemente, y estás huyendo de entes desconocidos. Sus ojos claros son incapaces de mentir. Sobre el futuro, me dice que lo escriba paso a paso. Nos sentamos en el pasto y le muestro un billete, sabiendo de antemano que no me robará. Dice que no bebe licor y una niña se acerca a su falda. Esconderé las cervezas justo antes que un policía me pida la identidad. Enfilo rumbo a Libertad, caminando hasta el *mall* Marina Arauco. Me sentaré en el Tavelli a tomar un café, y más tarde regreso al sector del casino. Cruzando el Marga-Marga llegaré al centro de la ciudad. En calle Valparaíso ingreso a un bar a entablar una conversación y como resultado me invitarán un schop en Von Schrodgers. Obtuve otros cinco mil pesos por un libro de cine. Voy conversando con un grupo de viñamarinos y doblamos por Viana. Nos internaremos por la vegetación del cerro Castillo. Subimos por un sendero rodeado de árboles. Llegaremos al claro solo tres personas y bebemos unas chelas de litro. Estamos eufóricos escuchando un mp3 cuando volvemos sobre nuestros pasos. Cruzamos

hacia la subida de Agua Santa y mis compañeros me presentan a una mujer. Desaparecen en dirección a Rodelillo en busca de droga y me dejan conversando. Luce un escote pronunciado y nos sentamos tras unos asientos de cemento. Estoy tan alcoholizado que estiro las manos y ella me responde que es una señorita. Huyo de la estupidez mientras repite mi nombre. Camino hacia Plaza Vergara y volveré a cruzar el río. Quiero llegar al departamento y en el trayecto empezaré a sufrir estertores. Es una especie de efecto secundario al mezclar licor y medicamentos. Cuando llego a Ocho Norte me apoyo en un poste y estaré a punto de sucumbir. No hay ningún taxi a esta hora; puros colectivos que no me sirven. Continuaré otras siete cuadras hasta divisar la subida Alessandri. Para llegar a Santa Inés me faltan quinientos metros. No sé cuánto he caminado, pero imagino que he cruzado Viña unas cinco veces. Esperaré que abran el supermercado. Un ron es más barato que el whisky y me permitirá capear la mañana. Me siento en un banco antes de caer rendido.

Mayo

Los meses de verano evidenciaron mis emociones presentes. Al menos en Viña del Mar he dejado de lado las drogas. Sigo sin convencerme que perdí mi departamento en un remate del banco. Soy definitivamente más pobre, aunque ahora tengo menos miedo que en la capital. Este departamento costero me permite pasar desapercibido. Veo el mar y me tranquilizan sus olas, pero sobre todo nunca percibo la presencia de los conserjes. Aparte de la salida trasera del condominio existe otra el oeste, ambas sin guardias. Me basto de un juego de llaves para controlar mi destino. No le aviso a nadie cuando salgo y tampoco se percatan de la hora de mis regresos. Pero esa libertad no será suficiente. Considero a Viña como un pueblo y sus habitantes suelen reconocermme en distintos barrios. Me he sentado decena de veces a escribir en el Tavelli ubicado frente a la Plaza Perú. Posee toma corriente donde conecto el computador y escribo por horas mientras me sirven unos cafés. Cuando descanso aprovecho de ofrecer unos libros por la cuadra y me sorprende la recepción. Parece que acá estuvieran más interesados en la cultura. No me cuesta nada vender cinco libros, aunque me molesta que me saluden en el centro o en el *mall*. No suelo tener buena memoria para las caras, pero la gente me reconoce como el señor de los libros. Al fin de la jornada, guardaré el computador en la mochila y me dirijo al supermercado Santa Isabel en busca de un pack de cervezas y alguna botella de vodka con limón. Las calles amplias me harán sentir dueño del territorio. Respiro libertad y me dan ganas

de caminar de sur a norte con la botella en la mano. Cae la noche e irán apareciendo los travestis. Le convido una cerveza a uno de ellos y retornaré hacia el sector del casino. Me compran otros dos libros y voy en busca de los bares. En el Urbano me tomaré una Escudo. Perfectamente podría frecuentar solo cafeterías, pero me gusta estar a medio filo con la cerveza. Caminaré por horas hasta conseguir licor en los clandestinos. Hace meses que no converso con mi esposa y poco a poco ha ido cediendo la depresión. En Viña no tengo Internet ni televisión por cable. Uno permanecerá menos conectado a las noticias del mundo, pero el aire puro llena tus pulmones. La ciudad jardín ha influido positivamente en mi salud mental, salvo por el hecho de que sigo tomando Coronas en las esquinas. Ya no percibo los ecos de la calle y aunque me saluden, no siento la mala onda de la capital. Nuevamente he vuelto a ducharme todos los días. Parecería un detalle, pero créanme que es importante partir limpio cada día.

Junio

Me pongo de acuerdo con el distribuidor para que coloque doscientos ejemplares en las librerías de Santiago. Mañana vuelvo a la capital para entregarle los libros y aprovecharé de visitar a mi esposa. La echo de menos aunque estoy consciente que tendré que esperar para volver con ella. Tengo dos puntos a mi favor: dejé las drogas y retorné a la dosis normal de medicamentos. No sé si dejaré de beber de aquí a fin de año, pero espero tener bastante controlado el asunto. En este minuto no siento que la gente me persiga y tampoco estoy escuchando a seres imaginarios. Resuelto estos problemas prefiero Santiago a Viña del Mar. Ser uno más entre miles de habitantes es algo que me seduce. Detenerme en cualquier esquina y elegir entre muchas posibilidades es siempre un regalo. Soy un completo desconocido en una metrópoli, pero si deseo ver a un amigo es más fácil encontrarlo. De partida tengo Internet y puedo contactarme a través de Facebook. Volveré a las salas de cine para escribir un comentario semanal, ya me recuperaré del miedo a los espacios cerrados. Será un agrado sentarme frente a una pantalla gigante para imaginar nuevos mundos. La gracia de recuperar espacios de libertad es que a uno le empieza a cundir el tiempo. Puedo volver a interesarme en novelas y cuentos debido a que me concentro mejor. Resulta paradójico que un escritor deje de leer porque escucha voces, en cambio para escribir, la existencia de esas mismas voces enriquecen el relato.

Julio

Ser escritor es una verdadera pesadilla. La primera vez me alojé en el Diego de Almagro, un hotel del barrio El Golf. Alquilé una habitación al día siguiente de la sesión con el nuevo psiquiatra. No me interesaba su consejo, solo que recetara medicamentos para dormir. Le conté una historia horrorosa y la creyó. El botín fue una caja de píldoras, eran blancas. Me serví un vaso de whisky y le puse dos hielos. Molí las tabletas con la cacha de un cuchillo, treinta píldoras. Llevaba meses deprimido junto a la mujer de mis sueños. Era adorable, hermosa y guardaba los mejores recuerdos. Ser esquizofrénico ha sido un martirio. Mi trabajo me gustaba, me habían aumentado el sueldo y nuestro departamento daba a un hermoso jardín de Plaza Nuñoa. Cuando todo iba bien nadaba en la piscina por las tardes. Sin aviso, la depresión. No tenía ganas de hacer el amor y empecé a temerle a compañeros de trabajo. Todo el contenido lo vertí en el primer whisky. Me había duchado por una cuestión de higiene. Me daba pudor que me encontraran hediondo en la habitación. Me había puesto pijama y alcancé a degustar un segundo whisky. Me tapé con las sábanas sin saber si despertaría. El sexo era importante, no querer hacerlo significaba un nuevo brote de la enfermedad. Soy escritor y me cansa escribir de estas cosas. Quizá era más fácil arrojarse desde el balcón, pero la sangre en el pavimento puede ser traumática para otro ser humano. Despierto tirado junto a la mesa. Tengo la cabeza rota y la sangre salpicó el piso. No me puedo levantar. Me arrastro hasta el baño y apenas puedo agarrarme del

lavatorio. Miro el espejo y el pelo está engominado. Me hecho agua para limpiarme la herida. Estoy aturdido, pero al parecer vivo. No quiero volver a casa derrotado. He hecho infeliz a la mujer que amo por más de un año, tratando de explicarle porque me volví loco si éramos tan felices. No sé si soy infeliz, esquizofrénico o escritor, no sé en qué orden. Voy manejando por la carretera. El plan ha cambiado. Antes de llegar a Copiapó me estrellaré contra un camión en esta vía de solo dos pistas. Anoche dormí en una salita de la comisaría de Los Vilos. En una curva choqué contra la barrera de contención. Los pacos me detuvieron pensando que iba borracho, pero les expliqué que tenía problemas con mi mujer. Me escoltaron porque luego de un día seguía bajo los efectos de los medicamentos. Recordé incluso que me había detenido en el mall Plaza Norte. En el cine daban la última de Superman, pero estaba tan drogado que no supe cómo empezó ni cuándo acabó. Más tarde conducía y las líneas del camino se hacían interminables. No sé en qué minuto di vuelta a la carretera hasta dar con Vallenar. Me detuve en una iglesia y por fin lloré después de un año que parecía no terminar nunca. Seguí camino a La Serena y llamé a mi mujer. Pasaron seis años, pero esta vez la angustia alcanzó nuevos horizontes. Ni siquiera me calentaba con una prostituta. Emborracharme era preferible a la ausencia de placer. Lo que siempre busqué en una meretriz fue esa ilusión de amor. Acaso la falsedad tenía algo vital que me hacía dar el siguiente paso. Una distracción primitiva que ponía mis pies en el camino. Solo para diferenciar la ruta del día anterior. Para sentir que el paso del tiempo sirve de algo habré de gastar dinero. No me importa lo que digan de los billetes; es muy seductor su poder imaginario. Los

recuerdos no me brindan paz. Es como si hubiera roto mi disco duro y borrado todas las fotografías. Solo retengo la angustia reflejada en los ojos de mi mujer. Esta segunda vez me alojé en el departamento de Viña. Pacientemente atesoré cajas para volver a destrozarme mi cerebro. En realidad es mi hígado el que sufrirá las consecuencias de estas ciento veinte píldoras. Miro al espejo y estoy a mucha distancia de esbozar una sonrisa. Han pasado dos días y me encuentro tirado en el piso de la cocina. No veo sangre, pero los calambres invaden mis piernas. No puedo ni siquiera arrastrarme. Tengo hambre a un metro del refrigerador. Pasan horas y sigo congelado dentro de mi cuerpo. El citófono también parece burlarse. Mi intención era aniquilar la mente y sigo pensando. Han transcurrido tantas horas que empiezo a quedarme dormido. Tengo los ojos llenos de una sustancia pegajosa que me dificulta la visión. Siento que de nuevo me someten a un electroshock. La cronología del tiempo se hace añicos. Dejé atrás Copiapó y la carretera se hace recta y más blanca. Hay cabinas telefónicas apostadas a ambos lados aunque esta vez no tengo intención de detenerme. Acelero a fondo y veo animitas en las bermas. Tengo tan fragmentado el cerebro que no sé qué significan esas cruces. Son todas blancas e imagino que mi cabeza está llena de ellas. Están quemándose como siempre imaginé tras cada vaso de whisky. Miro el espejo retrovisor y tengo caído el párpado derecho. Supongo que le echaron limón a mi cerebro. Algunos sectores ya no responden y mis manos se aferran al volante. Sostener el timón para no salirse del camino. La enfermedad ha empeorado con los años. Necesito destruir neuronas para conformar otros mundos placenteros. Ahora nada funciona de acuerdo a mis deseos. Ni siquiera el dinero puede aplacar la

sed. Añoro accidentes vasculares para seguir oliendo esa esperanza que rodea a los mortales. Soy esclavo de palabras que fluyen en medio de esta pesadilla. El único sueño que me acosa es conducir más rápido para llegar antes al final de esta carretera.

